que Charvet y la señora Herblay eran *para el caso* una misma persona, y, por lo tanto, que si Charvet era neutral, había grandes probabilidades de que también lo fuese Enriqueta.

Pero el Gobernador tuvo también una frase ocurrente para combatir esta opinión.

—¡La señora Herblay no será jamás neutral—dijo.

Y luego añadió:

—Cuando esa señora sea neutral será porque haya muerto, y, á Dios gracias, mi bella administrada está muy lejos de hallarse en ese caso. La herencia de Charvet está sin adjudicar. ¡Consultad, señores, á la señora Herblay!

Y en tanto que se ponían á votación las más graves cuestiones administrativas de la provincia, los diputados provinciales, cuyo espíritu buscaba en los espacios un candidato, olvidaban los caminos, los canales y las escuelas, para no pensar más que en la terrible, en la primordial, en la palpitante cuestión: ¡en la sucesión del diputado Charvet, ascendido á senador!

III

La señora Herblay había sido efectivamente quien, en vista de la penuria de candidatos, había pensado en el comandante Verdier. En su entusiasmo de mujer había conservado el recuerdo de algunos rasgos de bravura del soldado y de su heroismo modesto. Entre las innumerables invitaciones que hacía repartir en París nunca había olvidado á Verdier, que habitaba la capital desde que había pedido la excedencia del servicio, ni á la sobrina del comandante, á la hermosa Gilberta, que distraía hasta al mismo Ducasse de la lectura del periódico oficial. Aquella niña tímida y triste se había captado desde luego las simpatías de Enriqueta, quien, en su afán de meterse en todo, había concebido en seguida la idea de casarla. Concertar un matrimonio era una especie de entreacto para la que concertaba la manera de formar diputados.

Por Gilberta había sabido Enriqueta la causa de

haber pedido la excedencia el comandante. El comandante se separó del ejército á impulsos de la cólera en presencia de una injusticia. Verdier era republicano, hijo de Seine et Marne, muy querido y estimado allí: era, en una palabra, el candidato más apropósito.

No cabe duda que Ducasse, cuyas ambiciones adivinaba Enriqueta, podía aspirar á la herencia de Charvet; pero sólo tenía veintiséis años y era desconocido en el distrito, faltándole además, y á pesar de sus buenas aptitudes para el caso, la representación necesaria para reemplazar á Charvet. En cambio, un oficial del ejército condecorado con la cruz de la Legión de Honor podía satisfacer todas las aspiraciones de la localidad. Charvet se adhirió por completo á la opinión de la señora Herblay, y los electores influyentes no tardaron en participar de ella. Todos convinieron en que el comandante Verdier era el hombre de la circunscripción, y la víspera del día en que el comandante llegó á Dammarie había sido proclamado oficialmente, sin saberlo él, candidato... ¡candidato de la señora Herblay!, según decía con rabia Zavouillet.

Enriqueta reunía aquel día á su mesa, para celebrar la llegada del candidato, á la mayor parte de los electores influyentes, figurando en primer lugar las dos grandes potencias locales: el señor Guenaut, veterinario de Chailly, hombre grueso y coloradote, fuerte como un Hércules, barbudo, calvo y sudoroso, cuya influencia política era grande, y el señor Cappois, el notario de Melun, pequeño, negruzco, seco y anguloso, de movimientos rápidos y automáticos y palabra punzante, breve y decisiva. La señora Herblay sabía muy bien que aquellos dos hombres de diferente importancia reanimarían el espíritu del país.

Enriqueta acababa de discutir largamente con ellos para pasar el rato, y todo lo que le había dicho Guenaut, el veterinario, podía resumirse en tres palabras repetidas con encarnizamiento: «¡Escrutinio por lista!... ¡Escrutinio por lista!...» El pensamiento del señor Cappois, más nebuloso, se encerraba en este programa: «El progreso sin locura; la autoridad sin abuso bestial; la libertad sin peligro.»

—Vamos, son muy amables—pensaba Enriqueta;—pero todo lo que me han dicho ya lo había yo leído en los periódicos, sólo que Guenaut me recuerda un periódico de la mañana y Cappois uno de la tarde.

Y hubiera continuado hablando con ellos de los artículos de fondo si el *breack* no hubiese llegado conduciendo al comandante y á su sobrina en compañía de Ducasse.

—¡Gracias á Dios!—dijo Guenaut á Cappois por lo bajo.—Ya tenía el estómago en los talones. ¡Ah, estos militares siempre llegan tarde!

—¡Calla! Pues si ha adelgazado más aún—dijo Cappois;—si fuera más alto se parecería á D. Quijote.

—Lo que parece más bien es una cabra—respondió el veterinario, observando el bigote y la barba del comandante.

Cuando al entrar en la sala el comandante saludó respetuosamente á Enriqueta, un movimiento de contrariedad se notó en las fisonomías de Cappois y del veterinario, dirigiendo el primero sus miradas hacia el señor Charvet, como interrogándole... «¿Es este el famoso candidato? ¿El héroe de la señora Herblay? ¿La esperanza del distrito?» Entre tanto Guenaut murmuraba entre dientes:

—¡Es curioso esto!... ¡Le he visto cien veces y se me figuraba que era más alto!... ¡Lo que tiene ser candidato! ¡La buena presencia del candidato da influencia moral al país; pero la presencia de éste!...

La sobrina del comandante, la señorita Gilberta, produjo contraria impresión: pareció á todos encantadora. Estaba de pie, elegantemente vestida de negro, sonriendo con angelical dulzura á Enriqueta, que la ayudaba graciosamente á quitarse el sombrero. Al quitárselo con cierta viveza, uno de los agujones de éste se enganchó en los hermosos cabellos castaños de la joven, la cual, un tanto confusa y enrojeciendo ligeramente, se puso delante de un espejo, con el agujón entre los dientes, á arreglar sus trenzas, dejando ver, al levantar los brazos, un talle tan esbelto y unos contornos tan delicados que no tenían nada que envidiar á los de las estatuas griegas.

Emilio Ducasse, que había entrado detrás del comandante, pálido y muy disgustado del papel de comparsa que se veía obligado á desempeñar, él, que había soñado con ser el candidato, la observaba atentamente. Estaba resuelto á volverse á París, propósito que ocultaba diplomáticamente, tan pronto como sufriera la más pequeña contrariedad, perdonando en parte á un candidato que se hacía acompañar por tan linda sobrina.

—¡Vamos!—dijo Charvet como si se encontrase en su propia casa.—¡A la mesa! ¡Nos morimos de hambre!

Fué aquello una especie de reproche involuntario para el comandante, el cual se excusó repetidamente por su retraso, y ofreciendo el brazo á la señora Herblay, saludó á los circunstantes, dirigiéndose en seguida todos al comedor.

—¿Será elocuente al menos?—preguntó, señalando al comandante, el veterinario Guenaut al notario Cappois.

—¡Oh! ¡Oh! No creo que lo sea tanto como Demóstenes; pero fijaos en la roseta que lleva en el ojal.

—Demóstenes, después de todo—añadió,—no fué oficial de la Legión de Honor.

—¡Bah! Es verdad—respondió el veterinario, que no tenía más que una idea muy superficial de Demóstenes;—¡pero falta saber si Demóstenes, siendo más radical, rehusaría esa condecoración!

Antes de sentarse á la mesa, el comandante saludó individualmente á todos los convidados, encontrándose con que conocía á la mayor parte de ellos. Aunque éstos habían de ser sus electores al propio tiempo que sus jueces, Verdier se inquietaba poco por ellos; preocupado con sus nuevas funciones, tenía la idea fija en un punto. ¡Candidato!... ¡Candidato!... Comprendía que aquel almuerzo en casa de la señora Herblay era para él el primer paso dado en la vida pública y estaba arrepentido de no haberse quedado en París, viviendo tranquilamente en su casita de la calle Mausart, ó si no la hubiera alquilado, en Melun, en su casita de la calle de San Ambrosio, en que había nacido. No era ambicioso, ni deseaba gloria. Hijo de un soldado del primer Imperio, que sólo había llegado á capitán, encontrábase satisfecho con haber superado en graduación á su *viejo* en el ejército. Este, que vivió en Melun, y no era rico, hizo muchos sacrificios para poder dar carrera al mayor de sus hijos.

El comandante Verdier habría llegado á obtener más altas graduaciones á no haber tenido un rapto de acaloramiento en presencia de una de esas injusticias, por desgracia tan frecuentes en lo militar como en lo civil, por la cual creyó de su deber presentar la dimisión del cargo que desempeñaba y pedir la separación del ejército, cerrándose él mismo la puerta á todo porvenir y condenándose á vivir de sus escasas rentas. Después de todo, tenía un

consuelo y le quedaba un deber que cumplir. Su sobrina Gilberta, huérfana, hija de su hermano menor, quien, por no ser gravoso á su padre y ayudar en lo posible á la carrera de su hermano, se había establecido en Orleans siendo aún muy joven. Allí se casó y llegó á reunir con muchos apuros una fortuna de 60.000 pesetas en el comercio de hierros. Sorprendidos los cónyuges por prematura muerte, dejaron á Gilberta sin más amparo en el mundo que el de su tío el comandante.

Este pensó que, habiéndose sacrificado su hermano por él, estaba en la obligación de hacerlo á su vez por su sobrina, y la acogió como si fuese su propia hija. Aprendió entonces para Gilberta cosas que ignoraba casi; por ejemplo, el arte de contar su dinero. El, matemático, que resolvía todos los problemas, sabía mejor el álgebra ó la trigonometría que la economía doméstica.

Verdier había heredado de sus padres una casa en Melun, en el *Boulevard Saint Ambrose*, y á más unas 20.000 pesetas: con éstas, con las economías que realizara durante su carrera, los productos de varios Manuales que para uso del ejército había publicado y el dote de Gilberta reunían una rentita que les permitía vivir con bastante desahogo, sin tener nada de sobra, pero sin necesitar nada de nadie.

No vivían en la casa paterna, aun cuando ésta encerraba grandes recuerdos para el comandante, razón por la cual no había querido venderla,

24830
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

porque no se aburriera Gilberta en ella. Además á él le gustaba la vida de París y tenía allí sus aficiones, las bibliotecas, los archivos, etc., y luego, que aquella calle de Mausart, situada en el Boulevard exterior, donde vivían, tenía muchas comodidades para él, pues podía pasearse hasta en zapatillas por todo el barrio, pasando además por allí el ómnibus que le llevaba directamente á la Biblioteca Nacional. Es verdad que el pueblo de Melun—adonde solía hacer sus excursiones de uno ó dos días, en el buen tiempo,—con sus árboles, sus paseos á orillas del Sena y las calles de *Saint-Etienne* y de las Campanas, que no habían cambiado en nada para él desde su infancia, le recordaban los días más felices de su vida; pero si vivían allí, no podría alquilar su casita, que le producía más de lo que él pagaba en París por la que habitaban, y restaría esa economía del dote de Gilberta.

Al pasar un día por delante de la iglesia de *Saint-Barthelemi* en Melun, dijo á su sobrina:

—Aquí fué donde yo hice mi primera comunión; acaso ¡quién sabe! será donde tú te cases.

Gilberta sonrió.

—¡Casarme! No pienso en ello. Soy muy joven aún.

Ni siquiera había pasado por la imaginación del comandante lo de presentarse candidato á diputado por ningún distrito; pero la señora Herblay, que le apreciaba mucho, y le invitaba siempre á sus reuniones de la *Chaussé d'Antin*, se encargó de pensarlo por él. Mederico Charvet estaba de acuerdo con esta elección, porque sabía muy bien que en aquel hombrecillo, de temperamento nervioso, se encerraba un alma grande y noble.

Había visto á Verdier, cuando era capitán, apenas convaleciente de una grave herida, atravesar solo las líneas prusianas para incorporarse á su regimiento. Conocía además, desde que estuvo en la Academia Garín, en Melun, en donde había estudiado nueve años antes Verdier, la firmeza de convicciones de éste.—Las convicciones del comandante eran legendarias en la Academia.—Y puesto que él no podía ejercer á la vez los cargos de senador y diputado, vería con gusto que una persona tan digna como Verdier le reemplazara en el primero de estos cargos, y ¡tanto mejor para Verdier si recogía la sucesión de Charvet!...

El comandante no hubiera aceptado nunca esta proposición, si la señora Herblay, teniendo en cuenta su carácter, no le hubiera hecho comprender que había peligros que arrostrar y deberes que cumplir al aceptar aquella candidatura.

—¡Vamos á ver, mi querido comandante!—le decía.—Sois libre, independiente... Tenéis cincuenta años y estáis más fuerte aún que muchos de treinta... Tenéis el deber de no rehusar ese puesto. ¡Hay en él un bonito papel que desempeñar en un Congreso compuesto de gentes interesadas, de farsantes

ó de majaderos: el de representar la honradez, diciendo y exigiendo la verdad! ¡Vamos, mi comandante, un poco de ánimo, y al asalto!

Hablaba así para animar al pundonoroso y digno soldado. Este, vacilando si aceptaría ó no, se rascó un poco la oreja, decidiéndose, después de esto, á preguntar:

—¿Es posible que en todo el país no haya un hombre apto para reemplazar á Charvet?

—No lo hay, comandante, no lo hay. ¡Ah! Sí, Garousse, quizá lo sea Garousse. Es radical, acaba de comprar un pedazo de tierra y ha organizado reuniones en los cafés de Dammarie; pero Garousse no sirve para ocupar la vacante que deja el señor Charvet. Ese puesto necesita ocuparlo un hombre honrado y del valor y la energía que vos. ¡No lo rehuséis, comandante! Además, si os presentáis vos candidato, protegido por Charvet, Garousse no será temible...

Verdier tenía muchos motivos para pensarlo con calma. Sabía que una elección acarrea muchos gastos, y que, aunque fuera elegido diputado, esto, dada su rectitud y honradez, no le proporcionaría más que muchos disgustos y no pocos sinsabores. Se conocía demasiado bien á sí mismo, y estaba convencido de que daría dinero á diestro y siniestro; á los electores pobres, á los establecimientos de beneficencia, etc., etc. ¿Y después de todo esto le quedaría para vivir? ¿Sus trabajos como escritor de asuntos

militares sufragarían los gastos de su nueva posición?

Esto era lo que le tenía indeciso, haciéndole repetirse á cada momento: «¿Me quedará lo suficiente para atender á las necesidades y á los gastos de mi sobrina y á los míos propios cuando me haya lanzado á una vida en que éstos crecen y crecen sin que se alteren los ingresos?» Si al fin y al cabo pudiera sufragarlo todo sin tocar al dote de su sobrina, se hubiera decidido desde luego

Enriqueta abordó otra cuestión, poniendo el dedo en la llaga. Pensó en Gilberta, á quien quería mucho, cosa que no ignoraba el comandante.

—Veo—le dijo—que no pensáis en la felicidad de nuestra pobre niña... ¡Sobrina de un diputado! Los diputados son los reyes del momento. Gilberta, sobrina de un diputado, encontraría pronto un marido digno de ella. ¿Y sería esto abusar de vuestra posición? ¡De ningún modo!

Este argumento pareció decir á Verdier al oído: «Eres un egoísta; por no sacrificarte un poco, perjudicas el porvenir de tu sobrina.» Sin embargo, no fué esto sólo lo que le decidió. Se olvidaba de sí mismo, y, por consiguiente, de su sobrina, que era todo su cariño, en sus preocupaciones; le habían hablado de deberes, y esto fué lo que le decidió, aunque no sin nuevas luchas. Le gustaba cumplir con su deber como al primero; pero creía que cargos tan importantes debían ser desempeñados por hom-

bres de inteligencia clara, de vastos conocimientos y exquisito tacto para la dirección de los asuntos del país.

¿A las puertas de París, cerca del templo en honde se cultivan las ciencias y abundan los grandes pombres, no había encontrado Charvet ningún otro digno de reemplazarle más que el viejo oficial de la Legión de Honor?

La sola idea de su insuficiencia le aterraba. Pensar en que tendría que presentarse en la tribuna si había de cumplir bien el mandato de sus electores, le causaba calofríos.

—No tenéis necesidad de hablar, podéis trabajar. ¿No tenéis vuestros proyectos de reformas para el ejército?—le decía el senador.

¿Que si abrigaba proyectos de reformas en el ejército? Y tanto como los abrigaba y los había estudiado. Jamás había hablado de ellos en el ejército; la disciplina se lo vedaba; pero ciertamente que hubiera tratado de plantearlos si hubiese formado parte de la Cámara.

—Pues bien, entrad á formar parte de la Cámara. ¿Quién tendrá la culpa de que esos proyectos no lleguen á plantearse más que vos, puesto que yo os ofrezco la diputación?

«Podéis prestar grandes servicios al país sin necesidad de tomar parte activa en las discusiones»—le decía Charvet.

«Nadie puede defender los intereses del país

como vos—le había dicho Enriqueta.—Un hombre desinteresado y que reuna á un excelente corazón una rectitud á toda prueba, es lo que éste necesita.»

—Si creéis que puedo ser útil al país siendo diputado, tomad mi nombre y recoged mi palabra, que os empeño desde luego—dijo, decidiéndose por fin á ir á la lucha electoral, como si se tratase de ir á campal batalla.

Lo que acabó de decidirle fueron algunas frases hábilmente deslizadas á su oído por Enriqueta para hacerle comprender que, como había peligros que arrostrar para sacar triunfante la candidatura, se creería que había tenido miedo si no la aceptaba.

El comandante tenía por divisa: *Haz siempre lo que temas hacer*, lo cual significa: *No tengas miedo á nada...* ¿Y á qué había de tener miedo? ¿A los *rayos* oratorios de Garousse? ¿A las vociferaciones de los partidarios de éste? ¿De qué habían de vociferar? Se había visto en mayores peligros que los que ahora tenía que arrostrar, y, sin embargo, no se había arredrado... Además, le parecía que un hombre honrado, recto y de arraigadas convicciones, no necesitaba más que presentarse ante las gentes para ser escuchado de todos los honrados y buenos ciudadanos.

—¿Sois orador?—le había preguntado Charvet, hinchándose como un pavo, orgulloso de serlo él, porque había formulado alguna vez preguntas (á esto lo llamaba él discursos) en las comisiones.

No era orador; pero en cuantas ocasiones se había visto precisado á hablar habíase expresado con bastante claridad, como lo probó muchas veces al dirigir la palabra á los oficiales de los cuerpos á que había pertenecido. Bien es verdad que el tomar la defensa de todos los obreros de un distrito tan grande y el satisfacer á todos con sus discursos era obra harto más difícil que la de dirigir arengas á sus subalternos; pero puesto que ese era su deber...

—Está bien, señora—dijo:—estoy decidido y os diré, empleando vuestras mismas frases: ¡Al asalto!...

Aunque se mostró tan resuelto no dejó de encontrarse un tanto perplejo al llegar á su casa y verse en presencia de Gilberta, tímido como un niño que ha hecho algo malo.

—¡Vas á reñirme!—la dijo.

—¿Por qué decís eso?

—¡Ah! ¿Por qué?... Acabo de aceptar... Te vas á reir. Acabo de aceptar... la candidatura... sí, yo... ¿Qué quieres? Es un deber como otro cualquiera... Sólo que... este deber cuesta dinero, y si yo gasto, pobre niña, de lo tuyo ha de ser, pues no tengo otra heredera; pero te prometo hacer todas las economías posibles en lo que me queda de vida... No más libros, no más caprichos... Además, el que yo sea diputado puede influir mucho en tu porvenir... Lo he tenido muy en cuenta al aceptar la proposición.

Gilberta, llena de emoción, abrazó al comandante.

—¡No penséis nunca en mí, querido tío! ¡Soy muy feliz cuando vos lo sois y me envanezco con vuestras determinaciones!...

Tal era el candidato á quien la señora Herblay había invitado á almorzar en Dammarie-les-Lys para presentarlo á las personas influyentes del país y dejar *planteada la cuestión.*

Al contemplarlo en su asiento, flaco, con la frente grande y despoblada y la larga y colorada nariz inclinada sobre el plato, Cappois, que, como sabemos, no había recibido la mejor impresión al verle llegar, decía por lo bajo á su vecino de mesa:

—¡No causa mucho efecto el comandante!... ¡Si no fuera por la condecoración, no reuniría cuatro votos! ¡Pero está condecorado!...

—¡Sí... condecoración que puede darle un mal rato en una reunión electoral! ¡Hay ya tantos que gritan contra las condecoraciones!...—contestó su vecino de mesa.

Cappois sonrió maliciosamente.

—Si yo fuera el comandante, bien sé lo que contestaría. «Después de todo, si estoy condecorado no será por haber estado en presidio, ¿no es así?»

—¡Quizá conteste eso!—dijo noblemente el veterinario.

—¡Allá veremos!—contestó el notario.

Y comenzó el almuerzo.